

ALFAGUARA



Los años perdidos

Juan Pablo Castro Rodas

Llovía en la ciudad...

JAVIER VÁSCONEZ, *EL VIAJERO DE PRAGA*

No llovía en la ciudad.

Cada día se desplomaba un sol inclemente, brutal. Una inmensa nata ambarina cubría el cielo.

Entre los escombros carbonizados de casas y edificios, calles y avenidas, algunas siluetas de fuego aún se desplazaban sobre colchones de ceniza. Entre las llamas todavía se reconocían movimientos de brazos y piernas. Algún rostro. Alguna mueca de horror. A pocos kilómetros de distancia, el horizonte refulgía en espirales reverberantes.

Era el núcleo del infierno.

Desde hacía algunos meses, las lluvias —ese estallido gratinado de truenos y copiosa furia húmeda— eran un recuerdo, la imagen fugaz de un viajero. Ahora, en la sequedad desértica que envolvía la vida diaria, la lluvia era una remembranza doliente, una esperanza vaga.

El paisaje de la ciudad había cambiado. Las copas verdes de los árboles mutaron a un pálido ocre, reseco como una camisa percutida. Los arupos, rosados o blancos, esplendorosos por efectos de la luz, se convirtieron en esqueletos siniestros. El césped de parques, jardines y estadios parecía la piel de un enfermo hepático. Las autoridades locales optaron por destinar el disminuido caudal de agua para el consumo humano. Ya habría tiempo para el resto, cuando las aguas, las benditas aguas, cayeran milagrosamente del cielo, decían.

Y las personas, habitantes del páramo, confinadas desde tiempos remotos a la soledad y la lluvia, ahora caminaban por las aceras, sedientos como beduinos inexpertos. Dejaron los abrigos, las botas, los pesados ternos de casimir para vestir camisetas pla-

yeras y sandalias. Otros prefirieron mantener las cosas como antes, simulando que nada había sucedido, confinados al calor insoportable que se enroscaba en sus corbatas, en los trajes oscuros y zapatos de gamuza. De rato en rato, debían sortear los montones de palomas calcinadas que los barrenderos habían apilado en las primeras horas del día, y agarrar con firmeza los sombreros y sombrillas ante la arremetida de olas feroces de viento. «A pesar de ello —repetían—, todo está bien».

Faustino Alcázar no era uno de ellos.

Esa mañana cuando despertó, vistiendo un calzoncillo, el calor seguía allí, con sus largas patas de insecto rasgándole el cuello y los genitales. Dos minutos antes, en el sueño, Faustino era ese insecto, envuelto en el manto fresco de su caparazón, cómodamente acostado sobre la misma cama que ahora le parecía un ring salpicado de sudor. La sensación de frío se desvaneció con rapidez y no le quedó más remedio que entrar de lleno en la realidad tormentosa. No era un insecto, y el calor, como una garrapata, seguía succionándole la piel.

Aunque no se sintió a gusto, comprobó, una vez más, que en los sueños cabía siempre la posibilidad de un instante feliz.

Se desperezó, aburrido como siempre y, como todos los días en los últimos veinte años, miró las mismas imágenes pegadas en la pared frente a la cama. La primera era un cartel de una película que había visto hacía muchos años: *Cría cuervos*. Un pájaro negro, en primer plano, picotea el rostro de una mujer. Al fondo se perciben una casa de campo y un maizal. El nombre de la película, resaltado en un sanguíneo rojo, está escrito en el borde inferior del cuadro. Faustino contó las letras de cría: la *c*, 1; la *r*, 2; la *í*, 3 y 4 —las tildes equivalían a otra letra, según la lógica de Faustino—, la *a*, 5. Protegió las letras dentro de un cuadrado imaginario: 4 lados, más las 5 letras, total: 9. Debía buscar una solución para llegar a un número par. «Se necesita siempre un número par, un número perfecto», dijo en voz alta, al tiempo que cruzaba dos líneas diagonales dentro del cuadrado, 10, 11 y, satisfecho por el hallazgo, trazó otra línea en el centro del cuadrado, 12. Luego, continuó con *cuervos*: 7 letras, más 4 del cuadrado de

protección, total: 11. Decidió —esa era otra de sus múltiples fórmulas desarrolladas durante tantos años— imaginar un círculo alargado en el ecuador y ahí, depositar la palabra, 12 trazos. Número par. «Qué alivio», dijo, como si alguien le escuchase al otro lado de la habitación.

En el otro cartel, un hombre, desde la ventana de una habitación, mira hacia una ciudad difuminada por la lluvia. Al fondo, las aguas mansas de un río. Debajo se lee el título de una novela. Faustino calculó, como cada mañanas durante los últimos veinte años, el número de las letras, de cada palabra y de la frase entera: 15; la rodeó con un círculo. Total: 16, y suspiró aliviado.

Se sentó al borde de la cama. Miró las venas gruesas de sus piernas que deformaban la piel. Con las manos pecosas se masajeó los pies. Bostezó y se levantó. La marca de su cuerpo pesado quedó registrada en el colchón. Caminó hasta el baño rascándose las axilas. Como solía hacerlo habitualmente se tocó, entre las lonjas de grasa, la herida cicatrizada: la huella que le ratificaba la fragilidad de la vida. Cada mañana, a pesar de los años que habían pasado desde que le clavaran un puñal en el hígado, Faustino la contemplaba en el espejo del baño. Algunos días le recordaba a la risa de un payaso; otros, a la comisura enhebrada de una empanada. «Fue una suerte que no muriera, estimado amigo», le dijo en esa ocasión su médico, el doctor Kronz, mientras le apretaba la mano que colgaba de la cama del hospital Andrade Marín, al tiempo que Faustino, todavía luchando contra el dolor, le contestaba: «Hierba mala nunca muere». No obstante, saltándose todas las recomendaciones que le hiciera su médico, difuminado detrás de las volutas de cigarrillo negro, Faustino parecía decidido a jugar la vida en cada uno de los minutos que le quedaban, no precisamente al estilo de un monje lama, ni siquiera como uno de los imberbes poetas ciudadanos, vegetarianos y vírgenes, sino que, por un pacto secreto con la muerte, se entregaba osadamente a los placeres de su paladar sediento. Cada sorbo de vodka o de tequila suponía la proximidad irremediable. «Hierba mala nunca muere», se decía para sí mismo cualquier tarde calurosa, susurrando las palabras secretamente, en la diminuta terraza de su departa-

mento, mientras a sus pies, tres pisos abajo, la gente y los autos le parecían insectos de tierra negra. «Pinche vida, si no me mataste esa vez, no me vas a llevar con estos delicaditos sorbos de tequila, pa dentro, güey», decía y se bebía de un sólo bocado todo el licor.

Faustino puso pasta dental en su cepillo y mientras se lavaba frenéticamente las muelas, miró por la ventana. El pedazo de la ciudad se le incrustó en la pupila: al fondo, una cuadrícula despintada de fachadas, techos musgosos, vidrios sucios sobre los cuales reventaban los rayos de sol; en primer plano, una hilera interminable de autos, motocicletas, buses, antenas de televisión, cables de luz y teléfono que se enredaban formando una telaraña; abajo, en el vértice inferior de la imagen, aparecía una ristra de gente, decenas de cuerpos cansados apretándose en la esquina como insectos.

En los parabrisas, los relojes, los guardafaros, las gafas y las sombrillas relampagueaba el sol. De tanto en tanto, olas pestilentes de calor se desprendían del asfalto y circulaban por el ambiente como un manto pegajoso.

Pasaron semanas o meses —nadie podría precisarlos— sin que la bendita lluvia cayera con su acostumbrada fuerza. Una sensación agobiante atravesaba la vida cotidiana de la gente, gente de erial, atrapada en comportamientos campesinos todavía, a pesar de que muchos se creían metropolitanos. La ciudad había crecido repentinamente como los músculos anabólicos de un pesista, pero sus ciudadanos, aunque vestidos con trajes y corbatas, seguían siendo montaraces.

Ahora, los mismos recursos humanos que antes permitían a la gente sortear los prolongados aguaceros, con impermeables y botas de caucho, se habían consumido igual que las hojas de las orquídeas, girasoles y rosales. No había nada que hacer: el desierto acorralaba lentamente a la ciudad quebrando en su progresión la cordura y la esperanza.

Pero era el ruido, esos malditos sonidos que se superponían obscenamente uno sobre otro, lo que exasperaba la naturale-

za irritable de Faustino. Un eco amortiguado, como el deslizamiento de un ciempiés, al que le sobrevenían, igual que estallidos dispares, otros sonidos: una sirena de ambulancia, el motor quebrado de un bus, los gritos del vendedor de periódicos, la alarma de un auto, el escape dañado de una moto, las bocinas, una tras otra, el ulular de un auto de la policía, los chillidos de las cantantes de salsa, hip hop y vallenato que se desplazan por el aire, y, por si fuera poco, el tañer de las campanas, los desesperantes estruendos metálicos de una campana que anunciaba, como si nadie supiese, que la misa de las siete estaba por comenzar. «Tengo que matar al desgraciado, claro que sí, te voy a romper el cuello, ya vas a ver», balbuceó Faustino, al tiempo que escupía la pasta de dientes con sabor a menta en el lavabo desportillado. «Juro que lo voy a matar, ni se va a dar cuenta cuando le dé un batazo en la nuca... Si sólo supiera tu nombre, cuál es tu rostro, podría propinarte el beso de la muerte para que sepas que te ha llegado la hora... vas a ver, chingado», repetía en voz baja con los dientes apretados mientras se miraba en el espejo: la barba de días, las bolsas bajo los ojos, la papada. Se masajeó el poco cabello de la cabeza y se palpó las mandíbulas, el cuello, el abultado vientre, hasta llegar a los testículos esperando no encontrar algún lóbulo cancerígeno. «Menos mal, todavía aguantas, gordo», se dijo y echó el agua.

Fue a la cocina acariciándose las lonjas de carne que se bamboleaban a cada paso. «Años de experiencia», dijo, y se acarició orgullosamente la prominente panza de cervecero. Abrió el refrigerador y tomó una botella de yogurt. Buscó, en una caja de zapatos junto al microondas, la pastilla contra la hipertensión y se la tragó a regañadientes. Detestaba el concentrado sabor a rompopo. «Maldita vejez», se dijo en un tono de reclamo, al tiempo que vertía agua en la cafetera italiana. Caminó hacia el living y se lanzó sobre el sofá rojo a la espera de que el aroma a café se esparciera por el aire. Encendió el televisor y sintonizó el noticiero. Tenía un par de horas antes de ir a la universidad así que podía zapear un poco. Encima de la mesa del living había algunos libros: *El cartero*, *Bartleby, el escribiente* y *La leyenda del santo bebedor*. «Un ensayo por cada uno de los libros calificado sobre 10, más 20 puntos

de cualquier cosa que ya se me ocurrirá, total 50, y basta, punto final», se dijo mientras dejaba el sofá y caminaba por la habitación en círculos concéntricos como un perro que busca el sueño.

Abrió la ventana que daba a la terraza y encendió el primer cigarrillo. «Que rico, güey», dijo en tono de celebración, exhalando a ritmo sostenido el humo, y regresó a mirar hacia la sala. Ahí, junto a otros cuadros, destellaba un retrato de Cantinflas. Desde niño había sentido un especial cariño por el personaje mexicano. La primera vez que miró sus películas, sorteando un toro, con los pantalones a medio caer y su hirsuto bigote, se despertó en Faustino una fidelidad a rajatabla. En el colegio, a pesar de las represalias de sus maestros, solía improvisar monólogos imitando el estilo del mexicano. México lindo y querido habría de atravesar la vida de Faustino.

Miró hacia el parque Santa Clara tratando de descubrir alguna silueta detrás de los árboles, pero no encontró nada. Sólo el vagabundo de siempre dormitaba sobre el césped. Parecía de origen italiano, alto, tostado por el sol, con una incipiente barba blanca que parecía resistirse a crecer. Había llegado al barrio de un día para otro, algunos años antes, trayendo consigo una estela de especulaciones. No era de estas tierras, eso era seguro. Pronto estableció amistad con otros mendigos. Se los oía reír estruendosamente en alguna esquina del parque, siempre fumando y bebiendo de una botella escondida dentro de una funda de papel. Como era habitual, cada mañana desaparecía un mendigo y llegaba otro. Sin embargo, quien persistía era el italiano, como Faustino terminó bautizándolo.

En ese instante, los reflujos del sueño acudieron a su cabeza: su cuerpo convertido en insecto, delante de un paisaje de nubes acolchadas, como si fuese el fondo digital de Photoshop; sus delgadas patitas fibrosas que sostenían gajos de mandarina; su ancho y lustroso cuerpo de obispo; su carita de «yo no fui»; las dos antenas que emergían de la cabeza, y un largo pico de colibrí. En el sueño, Faustino tenía absoluta conciencia del lugar común, pero aún así disfrutaba de la escena. Era como si, por una extraña certeza, cómodamente arrellanado dentro del insecto, una fuerza

premonitoria le impulsara a reír, transformando su cara para dar cabida a su boca, a los dientes de hombre, a la lengua de Faustino, y ahí, mezclado él y el insecto, creer que la felicidad era posible.

Otro campanazo lo sacó de la ensoñación. «Pinche cura, ya vas a ver, cualquiera de éstas te doy tu merecido», dijo remordiéndose las palabras, aunque inmediatamente se percató de que no era un campanazo lo que había disuelto su estado onírico, sino el silbido de la cafetera. Caminó hasta la cocina, esquivando la ropa que había arrojado la noche anterior y, con la taza humeante de café, regresó a la sala para mirar la televisión. Tomó la licorera de plata y dejó caer un chorrito de tequila en el café. El primer sorbo le escarbó el alma. «Ya ves, Faustino, esto sí es vida», se dijo mientras contemplaba su mofletuda silueta en la superficie del televisor.

Entró por el garaje de la universidad.

Treinta minutos antes, mientras trataba de colarse entre una fila de autos atascados, tuvo una iluminación, al menos eso es lo que creyó cuando, en la parte trasera de una camioneta, miró el anuncio de un spa playero.

Ese instante, atrapado en el tráfico y el calor, con el humo de su cigarrillo escapando por la ventana, él, triste empleado de una universidad privada y escritor fracasado, tuvo la idea de escapar, y al tiempo que los autos empezaban a avanzar, sin que le importase para nada la agonía de la espera, se vio a sí mismo: jean, camiseta playera, zapatillas, la mano derecha en el volante de un Ford Mercury y la izquierda fuera de la ventana jugando con el viento, la música de los Dire Straits debería sonar en los parlantes, y la carretera perdiéndose interminablemente en un punto de fuga. Y él, ya sin nada que lo atara al mundo terrenal, feliz como un americano en franco descubrimiento de un territorio ignoto, con el rostro bronceado y un cigarrillo colgando de sus labios. Delante de sí se formaría un fulgurante atardecer igual que el estallido de un fósforo. Las lágrimas le nublarían la vista.

Se contempló abandonándolo todo: su estúpido trabajo de profesor, las caras de sobrevivientes posatómicos de sus alum-

nos, las torpezas de la burocracia académica, las caminatas nocturnas por las calles de la zona rosa, el olor a desinfectante de las putas, las jornadas alérgicas de alcohol, la comida chatarra, las enfermedades que le acosaban: el colesterol, los triglicéridos, el ácido úrico, los mareos, el vértigo, la presión que apretaba su cabeza como un arma de tortura medieval, el insomnio, la ansiedad, la incipiente diabetes. Ese permanente estado de acechanza bajo el que creía hallarse: el rostro de Margarito, sonriendo con sus enormes dientes de caballo mientras Sofía, la Portuguesa, lo miraba desde la distancia, Lisboa tantos años antes, apenas visible detrás de una capa de polvo, y el calor aplastante, el pinche calor de la chingada que, como una maldición, había caído sobre la ciudad: un calor californiano, inclemente, desconocido.

En los segundos que siguieron, mientras manejaba impulsado por la fuerza de la costumbre, con el piloto automático que le determinaba girar por una calle, rebasar un autobús, frenar antes de aplastar a un ciclista, Faustino creyó que todo era posible: un nuevo comienzo. Y aunque su ingenuidad desde el fondo de su conciencia le permitía descubrirse patético, fue casi imposible quitarse la mueca parecida a una sonrisa de su rostro. «Sí, un nuevo comienzo —dijo sin quitar la vista de la calle, apretando con las dos manos el volante—, un nuevo comienzo».

Sólo cuando se descubrió en el garaje de la universidad, buscando un puesto donde parquear el auto, el ensueño se disolvió. No recordaba cómo había llegado hasta ahí. Otra vez había sido atacado por una de las lagunas que lo dejaban ansioso. Sin embargo, se sintió contento, pues, a pesar del cortocircuito, todavía la cabeza podía batirse por sí misma.

Estacionó su destantalada Dodge modelo 53 en el estacionamiento para docentes. Todavía, debajo de la mugre, se podía percibir su color blanco. Había un espacio entre un inmenso Ford Explorer negro y un coqueto Peugeot 206. «*Pink girl*», se podía leer en su luminosa calcomanía. *Pink*, 5, más un círculo, 6. *Girl*, 5. Prefirió un cuadrado, 9, y una línea en el centro. Total: 10. Faustino imaginó a Diana, una colega pelizamba que dictaba clases de Orientación Universitaria. Aunque había ganado peso, to-

davía mantenía los efluvios de su sangre de cuarterona, zangoloteándose a cada paso ante la mirada lasciva de sus alumnos. La recordó una noche lluviosa invitándolo a subir a su auto. Dos o tres años atrás. Faustino tenía su camioneta en el taller de reparación. El mecánico —un ibarreño con rostro de irlandés, de prominente calva— le había dicho que le tomaría por lo menos tres días recomponer el viejo carburador. Esa tarde había empezado a caer una lluvia quiteña: puntillosa, interminable. Faustino no llevaba paraguas. Por un instante dudó. Quizás era preferible esperar a que escampara. Encendió un cigarrillo mientras miraba a través de la ventana. Tenía la vaga esperanza de que esa noche pudiese rasguear unos cuantos párrafos decentes. Tal vez, pensaba, frente al computador podría lograr escribir finalmente aquello que le remordía el cuerpo. Entonces apareció Diana, le dio un beso en la mejilla y le preguntó sobre las clases. Faustino evadió las verdaderas respuestas buscando entre su arsenal de lugares comunes: «Ya sabes, hay días buenos y malos», le dijo. Ella le preguntó si tenía cómo movilizarse. Faustino le dijo que no. Diana le ofreció llevarlo hasta su casa. Faustino rechazó la oferta. Tenía cosas que hacer en casa. Recordó las historias que se contaban sobre Vargas Llosa, encerrado en su estudio de París. «Para lograr la escritura es necesario el sacrificio», se dijo. Diana se despidió con otro beso en la mejilla. Faustino la miró descender las gradas que llevaban al garaje y, a pesar de sus supuestas convicciones de escritor profesional, la siguió. «Gracias —le dijo—, mejor vamos». Tu vieron que correr unos cuantos metros desde el edificio de la Facultad hasta el auto. La lluvia crepitaba sobre los capós. Se subieron al Peugeot de Diana. Encendió el auto. Antes de salir de los predios universitarios la tormenta se desató. «Parquéate un rato —le dijo Faustino—, hasta que amaine un poco». Ella buscó un lugar idóneo, debajo de unos árboles, junto a la cancha de fútbol. No había un alma. Empezaron a hablar sobre las clases. Ella le confesó que estaba harta de la docencia. «Es cierto —le dijo Faustino—, es como poner música a un grupo de sordos». Luego le preguntó sobre su marido, sobre sus hijos. Diana le contestó que todo iba bien, que Germán tenía a su cargo una consultoría sobre

reforma universitaria, y que sus dos hijos crecían con normalidad. Pasaron dos minutos interminables. Entonces los dos se miraron. Las gotas de lluvia caían sobre el parabrisas. Las ventanas estaban empañadas. La noche devoraba el mundo. Empezaron a besarse. El auto era estrecho, cada intento de una caricia resultaba una empresa tortuosa. Chingada palanca de cambios. Faustino trataba de acomodarse para que no le doliera el cuello. Diana abrió la bragueta. Faustino quería decirle que sería mejor ir a un motel: hacer el amor como Dios manda, pero se calló. Logró meter su mano en el sostén de Diana. Sintió la piel de uno de sus senos y la tela de la prenda. Luego, el pezón duro, áspero. Tenía dos hijos a cuestas. Trató de abrir el pantalón jean que vestía la colega. Bajarlo era imposible. Se detuvo. Otra vez se miraron, jadeantes, adolescentes. Ella le dijo que se pasaran atrás. Abrieron las puertas al mismo tiempo y se bajaron para reclinar los asientos. La lluvia los empapó en segundos. «Chingados autos de dos puertas», dijo Faustino. Ya atrás, se besaron nuevamente. Ahora era más fácil. Pero la ropa húmeda era imposible de quitar. Faustino jadeaba. Diana le dijo: «Tranquilo». Buscó entre la cremallera abierta del pantalón de corderoy y extrajo el miembro duro de Faustino. Se agachó mansa, tierna. Faustino sólo podía mirar la espesa melena encrespada que le cubría todo. Unos cuantos segundos más tarde, la vista se le nubló.

Al bajarse frente a su casa, se despidió con un beso en la mejilla. «Saludos a los niños», dijo, y se sintió estúpido.

Los días siguientes esquivó todos los encuentros, hasta que finalmente no pudo evitarlo. Sin mirarla a los ojos, la saludó como se saluda a un desconocido.

Abrió su raído maletín de cuero para comprobar si traía los libros y se bajó del auto. Se acomodó la chaqueta de tweed con coderas de cuero y trató de disimular la gordura subiéndose el pantalón encima del ombligo. Resopló con fuerza, pensando como siempre: «debo adelgazar, adelgazar». Se limpió la frente con un pañuelo que guardó en el bolsillo trasero de su pantalón y se aflojó un poco la corbata. Mientras caminaba a la Secretaría de

Personal, donde registraba su huella digital, miró con disimulo estudiado a los estudiantes con bermudas y sandalias, fumando y riendo a su paso. Faustino sabía bien que se burlaban de él, de su forma de caminar nerviosa, de pasitos cortos y veloces, siempre mirando al suelo. Al cruzarse saludó tímidamente con un par de colegas, evitando que lo detuvieran para contar sus malos chistes o empezar con las quejas. «Para qué diablos —pensaba Faustino—, para qué diablos», y daba otro pasito. Él también quisiera dejar toda la horrible ropa de profesor universitario, de intelectual latinoamericano, y vestirse, como lo hacía cada vez con más frecuencia, igual que cualquiera de esos hippies vagabundos que, de playa en playa con sus torsos bronceados, delgados y espeluznantes, hacen de la vida una larga jornada de vuelos y revuelques lujuriosos, con sus pelos largos, sucios como sólo el señor de Nazareth habría soportado. Pero no, claro que no podía. ¿Qué haría, entonces, si, desprendido de toda materialidad, de todo sentido absurdo de la vida, se diese a tomar por culo, dejar las cosas tal cual, irse para la concha de la lora, y qué diablos, total para esta vida, dedicarse a cazar mariposas, a escribir recostado en el asiento trasero de un auto viejo, fumar y tomar whisky frente a un inmenso río lánguido hasta que en algún momento se le iluminase el coco, le llegasen los primeros latidos, o lanzarse definitivamente, ya sin que nada importe, a fumar recostado en su cama, sin levantarse nada más que para ir al baño, con sólo unos cuantos libros que le permitan rescatar el tiempo perdido? «No, Faustino, ya no puedes dar marcha atrás, ya quemaste todas tus naves, y, ni modo, compadre, ahora te toca rajarte la vida, total, para eso estamos, o dime tú si no son así las cosas, te reto, pero sin que dudes, a ver, dale, dale», se dijo para sí mismo, hablando con voz queda, infidente.

Subió las gradas de la Facultad de Literatura, repletas de consignas escritas en las paredes, manchas de humedad, huellas de dedos y manos salpicadas de grasa de cerdo. «Pinches curas ta-caños, ésta parece más bien una universidad pública», pensó, aunque quiso gritar, pero se contuvo, comiéndose cada una de las letras. A cada paso debía sortear la cantidad de alumnos que subían

y bajaban, gritando a su paso, con sus mochilas al hombro. El ambiente era turbio, obscuro, como una orgía romana. «Son como larvas en agua estancada, sí, como larvas», pensó. Los pasillos, oscuros y mal olientes, le parecían un suplicio, la evidencia constante de que a todos les valía madre. «¿Cuándo se jodió este país?», pensó, descubriendo al instante el origen de la frase, y caminó unos pasos como si estuviese en medio de arenas movedizas. «Relajado, carnal, relajado», se dijo, y entró al aula.

La mañana pasó con su habitual modorra. Entre clase y clase, caminó con un cigarrillo encendido contemplando, a través de las ventanas pringosas junto a las escaleras, el cielo azul, limpio y estático. Ni una hoja o papel alteraban el estado del aire. Con el rabillo del ojo miraba cualquier silueta que se aproximase de manera sospechosa y, cada vez que pasaba cerca de un espejo o una ventana, aguzaba el ojo para descubrir, a través de los reflejos, el cuerpo de su asesino.

De rato en rato, un vaho de calor circulaba obligándolo a esconderse en la sombra. En los jardines de la universidad, ahora resecos fragmentos de hierba muerta, polvorientos y sucios, con los esqueletos de lo que en vida fueran rosales y árboles añosos, los estudiantes se lanzaban, del mismo modo que las iguanas prehistóricas, a tomar prolongados baños de sol, un sol inmóvil que permanecía en el punto más alto del cielo, despiadado y feroz, dispuesto a aniquilarlo todo, lenta, irreversiblemente. Un sol que cada día más se alejaba de su forma original, para convertirse en un óvalo refulgente. «Qué pendejos —dijo—, celebran el sol, acostados como lagartijas, como si este estado permanente de verano fuese una bendición, pinches orates, se van a achicharrar las macetas».

Cerca de la una terminó su última clase y se encerró con un sánduche de atún y una Coca Cola diet, en la Sala de Profesores. Más tarde, cuando ya no hubiera nadie en la universidad, bajaría al parqueadero, se subiría en su Dodge y se lanzaría hacia uno de los valles que circundaban la ciudad para comer un plato de hornado con papas y aguacate y mote y abundante ají y dos o

tres cervezas frías, que en algo deberían aliviar el calor que a esa hora del día entraría furiosamente por todos los poros de Faustino. Sí, hornado y cerveza, eso es lo que comería, aunque ya miraba el gesto cejijunto del doctor Kronz: «No se propase, ya sabe que su colesterol está por las nubes», le diría.

Encendió la computadora. Mientras se cargaba la página de inicio, revisó algunos ensayos sobre literatura y sociedad. Aunque el tema le parecía una estupidez, decidió respetar los programas que imponía la Facultad, y dispuso que sus alumnos balbucearan sobre el asunto: el personaje en la novela moderna. «Pobres imberbes», pensaba Faustino, mientras, ya escrito el trabajo en el pizarrón, sus alumnos se veían las caras, desconcertados, con las miradas vacías, inertes como robots.

Sus dotes de profesor, de canchero, como diría Leiva —un chileno escapado de la dictadura que, entregado apasionadamente a los debates, se ruborizaba, sobre todo cuando se trataba de defender tesis trotskistas, hasta que su cara cetrina parecía un tomate. Al reír mostraba una hilera de dientes amarillentos. Ante los colegas, la defensa del viejo Trotski resultaba dogmática, insoportable. Por ello, era sorprendente que Faustino hubiese podido crear con el chileno alguna camaradería—, no le permitían comprender la magnitud de desaciertos, curvas y precipicios, de vías sin salida que sus alumnos pergeñaban en las cuartillas. Cerró las carpetas, se recostó en el sillón estirando las piernas sobre el escritorio, como siempre a esa hora, y encendió un cigarrillo. La primera chupada le alegró. Sabía muy bien que fumar, más allá de las prohibiciones de moda, era un acto maravilloso, placentero. Y a pesar de que estimaba al doctor Kronz, más por su semblante trágico y por las breves pero sustanciosas charlas sobre literatura que sostenía con él, no le daba mayor importancia a sus diagnósticos y peor aún a sus tratamientos dietéticos. Para Faustino, los médicos eran unos estafadores, no sabían nada de nada. Se pasaban la vida orondamente sentados en sus sofás de cuero, o viajando por el mundo en primera clase, y abriendo cada cuerpo caído en el quirófano con el único propósito de acumular puntos en sus hojas de vida. «Puntos, como las putas», decía Faustino, al tiem-

po que simulaba —ya en el consultorio del doctor— no descubrir, encubierta entre los libros del estante, alguna prenda femenina. El doctor Kronz sonreía dispuesto a dejar pasar los arranques de su paciente, un paciente que odia a los médicos, pero que los necesita obsesivamente como el yonki a su brujo.

Faustino había recibido la sentencia: debía abandonar el cigarrillo, pues, sumadas a las manchas en los pulmones, los índices de azúcar, la presión arterial y la tos que lo sorprendía a cualquier hora del día, era evidente que la enfermedad sobrevolaba como ave carroñera. «Y se lo digo yo, mi estimado amigo, que he abandonado el cigarrillo como se abandona todo en la vida: de una buena vez, sin mirar atrás», le dijo en alguna ocasión Kronz, mientras los dedos de una sus manos sostenían un cigarrillo invisible.

Pero él, testarudo a morir, había decidido que fumar le gustaba más que cualquier otra cosa, como a sus escritores entrañables. Clavados en las paredes de su departamento, vigilaban con ojo avizor los fumadores de siempre, como águilas desde un cielo brumoso. «Por ustedes. Ya ven en lo que han metido a su amigo, ya ven, desconsiderados güeyes de mi alma», decía, daba una profunda calada, consciente de la ridícula cursilería, «¡qué más da!», y exhalaba una hilera de minúsculos círculos de humo.

Estuvo así un rato, dormitando entre pitadas, bocados de pan y atún, y sorbos de su Coca Cola. Afuera, el sol se perfilaba en un descenso lento hacia el volcán, lanzando bramidos de dragón, oleadas de fuego que atravesaban las paredes como agujas en un muñeco vudú. Faustino, adentro, con la camisa abierta hasta el tercer botón, sentía cómo el calor selvático invocaba al sueño, a la dulce caída al infierno. Siempre había escuchado sobre la muerte por hipotermia, pero le parecía que allí, enroscado en su sillón, podía morir de calor. Su cuerpo, pensaba, pasaría dos o tres días —quizás más si a los colegas les daba por asistir a clases regularmente olvidándose del cuartucho de las reuniones— secándose como una lagartija gorda.

Por fin, se quedó dormido con las manos colgando a cada lado del sillón, abiertas las piernas, sin zapatos ni medias. En los pasillos de la universidad, a esa hora vacíos, los ronquidos de Faustino golpeaban las paredes sin que a nadie le importara. Al menos eso es lo que parecía. Desde el fondo del pasillo, apareció el voluminoso cuerpo de una mujer negra. Se llamaba Esmeralda, recios cuarenta años de edad, de largas y seguras zancadas, vestida con un overol azul y un pañuelo blanco que apenas ocultaba sus oscuros bucles. Llevaba un balde de agua jabonosa y un trapeador. En su frente se podían ver gotas de sudor. Jadeaba a cada paso, refunfuñando para sus adentros, al tiempo que los ronquidos del profesor sonaban al otro lado. Sumergía el trapeador en el agua y luego, al son de la salsa que escuchaba en su mp3, limpiaba el piso, esmerada en trazar una línea recta. Quería llegar al extremo del pasillo y golpear la puerta para acabar de una buena vez con los ecos de tractor que emergían de la garganta del profesor.

No era la primera vez que ese deseo asesino enturbiaba la jornada laboral. Desde el primer día no sólo tuvo que lidiar con los baños asquerosos, la basura desperdigada por el piso, las manchas en las paredes y ese calor seco, incisivo como picadura de zancudo, que rondaba su cuerpo, sino que, además, casi todos los días, luego del almuerzo, los ronquidos de ese maldito profesor del carajo la trastornaban. Cada vez que lo encontraba a su paso, le lanzaba unas miradas homicidas, pero el profesor no hacía caso. «Se hace el loco», pensaba Esmeralda. «No aguanto más», repetía mientras limpiaba frenéticamente los espejos manchados del baño de mujeres. «No, pues, ¿hasta cuándo?», pensaba, y a su mente llegaban como un mar salvaje los ronquidos de su padre —ella, niña en su pueblo tropical—, y luego los ronquidos de sus hermanos, durmiendo en camas al lado de la suya, y luego, pocos años después, los de su marido, un negro gigantón que trabajaba como quinesiólogo del Deportivo Quito, un club de fútbol de segunda. A su marido lo dejó, no sólo porque roncaba, sino porque descubrió que, además de las piernas velludas y torcidas de los defensas y delanteros, también cubría con sus sabios dedos los mus-

los de las vecinas. Y sin más explicaciones, se mandó a cambiar luego de lanzarle una buena cachetada con su enorme mano diestra.

El profesor, al otro lado del pasillo, dormía ignorando lo que venía. No era un sueño apacible: Sofía y Margarito bailaban y reían. Estaban en Lisboa junto al río Tejo. Ella descubría a Faustino escondido detrás de un árbol y le increpaba. Margarito seguía riendo. Había en el reclamo de Sofía una honda pesadumbre. Faustino quería acudir a ella, pero era imposible: estaba enterrado. Despertó ante la insistencia de los golpes que sonaban en la puerta de la sala de profesores.

Al otro lado de la puerta, Esmeralda esperaba que el profesor saliera. El pie izquierdo bailaba fuera de la sandalia. Estaba decidida a mirarle directamente a los ojos y hasta tenía una frase preparada: «Oiga, señor profesor, disculpe la intromisión, verá, es que tengo que decirle una cosita, verá, es que sus ronquidos de montaña, verá, me están volviendo loca, sí sabe». Y de ahí a ver qué pasaba. Pero, justo cuando la puerta se abría, se arrepintió. Qué impertinente le pareció reclamarle así sin más. Con qué derecho iba a decirle lo que tenía pensado hace días. Qué va. Mejor darse la vuelta, caminar rápido, esconderse detrás de una de las columnas y hacer de tripas, corazón. Nada pudo hacer. Su reacción fue lenta, a pesar de que se consideraba una mujer ágil, con todo y sus sabrosos kilos de cariño. Frente a ella, con un rostro desconcertado, apareció el profesor.

Un minuto antes, Faustino Alcázar, todavía somnoliento, con la camisa abierta y los pies descalzos caminó hasta la puerta. Las huellas de sus dedos quedaron registradas en el piso. Y, decidido a encontrarse con su sicario, abrió la puerta. Pero al otro lado, un paso más allá del umbral, no se encontró con su asesino, sino con la mujer de la limpieza. La alegría, pero al mismo tiempo la decepción, se adormecieron en su corazón. Cómo deseaba terminar de una buena vez con todo. Por un segundo recordó la sensación de la mañana, camino de la universidad, el aire maríti-

mo, esa certeza que le impulsaba a pensar que la vida podía dar un giro maravilloso. «Maravilloso, eso mismo, todo es posible, Faustino, yo te dije, ya ves, carnalito, ya ves», se dijo en voz baja, mirándose reflejado en los vidrios que protegían los trofeos obtenidos por los profesores en jornadas de fútbol. Habían sido muchas las ocasiones en que sintió la mirada punzante de esa mujer. Le gustaba cómo era, negra, con abundantes carnes movedizas, igual que una melcocha. Los ojos agrestes, frágiles. Creía encontrar en su mirada un disimulado amor que se escondía detrás de esa actitud. El corazón del profesor Faustino se enardecía cada vez que la gorda aparecía en los pasillos, con su overol y su ridículo pañuelo en la cabeza. Y cuando le clavaba esos ojos de lanza, desfallecía en un arranque de vergonzosa debilidad. «Qué maravilla sería —pensaba Faustino—, qué maravilla», y en su imaginación se sucedían los fotogramas de una película porno.

Una gota de sudor cayó por la espalda de Faustino. Esmeralda, a pesar del desconcierto, creyó descubrir en los ojos del profesor, en los gestos breves de su rostro, una luz de alegría. Desvió la mirada hacia el interior de la sala y, con un dejo de turbación, dijo: «Disculpe», y se dio la vuelta. Faustino la siguió con la mirada hasta que se perdió al final del pasillo: el cuello erguido, las blancuzcas plantas de los pies que dejaban ver las sandalias, y las enormes nalgas ondulantes debajo de su uniforme. Al llegar a la planta baja de la Facultad, la negra respiró algo más aliviada. Quiso dar marcha atrás, regresar donde el profesor y disculparse nuevamente, pero se quedó de pie junto a la puerta de la cafetería. «Mejor mañana regreso con un pedazo de torta de maqueño», dijo, como si le hablase a su propia sombra, y sonrió.

Faustino se quedó inmóvil mirando al cielo: el inmenso cielo azul, vacío, fijo como la pantalla de un cine. Volvió a su asiento y encendió la computadora. Navegó un rato sin ton ni son, leyendo las noticias internacionales: un tsunami en Valparaíso, un terremoto de 8 puntos en Palestina, la formación de un tornado en las costas de Miami, una ola de langostas en New

York, y dijo: «Es cierto, es el inicio del fin del mundo, de esta no se salva nadie, y vos, que no crees en nada, estás más fregado todavía, güey». Luego abrió su mail. Había, como casi siempre, varias cadenas de mensajes, una invitación a suscribirse en una página swinger y dos correos institucionales. Nada nuevo.

No obstante, al final, algo llamó su atención.

Abrió el correo y comprobó lo que su instinto le decía. El doctor Kronz le citaba con urgencia en su consulta. Una sombra gigante le cubría los pulmones y el corazón. La radiografía no podía equivocarse.

Durante unos minutos se quedó petrificado, con la mirada fija en la pantalla. Respiraba con dificultad. Con la fuerza de un maremoto, empezó a toser. Era uno de esos accesos terribles que le cortaban el aire, que le retorcián de dolor, como si de adentro de su cuerpo, igual que un monstruo, un río de lava pugnara por salir. Era una tos seca, fría, espinosa. La cara se inflamó, mientras un intenso dolor se ensañaba en el abdomen. Se inclinó al tiempo que buscaba su pañuelo sobre el escritorio. Era un acto reflejo, desesperado. Por unos segundos, los bramidos de la tos pararon. Faustino respiró profundamente, miró al techo, una gota helada de sudor le recorrió la espalda. Y, sabiendo lo que se le venía, cubrió su boca con el pañuelo. Entonces volvió a toser, una cadena interminable de golpes, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces y, como un monstruo saciado en su furia, la tos desapareció. En el pañuelo quedó una mancha de sangre.

Se acomodó en el sillón y terminó de beber su Coca Cola. Se abotonó la camisa, se puso las medias y los zapatos. Tomó su maletín y, mientras se dirigía hacia la puerta, trató de arreglar-se los cuatro pelos de la cabeza. Afuera, un resplandor estallaba frente a sus ojos. Aunque el sol iba camino al occidente, sus coletazos de luz caían todavía con rabia sobre la ciudad. Caminó con dificultad, con la camisa empapada de sudor. Todavía no llegaban los profesores ni los alumnos de la jornada vespertina, así que al menos no tuvo que disimular compostura. Se dejó arrastrar por sus pies, bamboleándose como un barco en alta mar.

Encendió su Dodge y se puso en marcha.

Cuarenta minutos más tarde, luego de recorrer dos kilómetros sofocado dentro de su camioneta, llegó al barrio de Santa Clara. La congestión vehicular lo detuvo a dos cuadras de su casa. Del pavimento emergían olas de lava vaporosa. Las luces circulares de una ambulancia estacionada junto a la calzada permitían intuir lo ocurrido. Faustino esperó. Cada día debía enfrentarse a los atascamientos, a las colas interminables en los semáforos, y para colmo de males, desde hace algunos días, como si se hubiesen puesto de acuerdo, también a los peatones suicidas. «Es el calor, este maldito calor», sentenciaba alguna voz. Los curiosos que contemplaban las vísceras chorreantes sobre el asfalto afirmaban inclinando las cabezas una y otra vez, igual que las palomas del parque Santa Clara, a dos cuadras de ahí.

«Uno más —dijo Faustino—, ya no hay tiempo para nada más. A lo hecho, pecho, carnal, no te me desinflés».

Dos socorristas de la Cruz Roja acomodaron el cuerpo destrozado en una camilla. La columna de autos empezó a moverse sorteando la ambulancia. Faustino abrió la ventana de su camioneta a pesar de que la contaminación a esa hora era insoponible. Al pasar junto a la ambulancia creyó mirar, a través de la puerta entrecerrada, al hombre: el rictus plácido de su rostro, las piernas quebradas. Dobló la esquina y estacionó en el único sitio que había disponible. «Menos mal —dijo—, menos mal», y se bajó. En la esquina siguiente se encontró con los escombros de una vieja mansión derruida que daba paso a un hotel cinco estrellas. Todavía quedaban en pie varios centenarios robles, calcinados como fósiles de dinosaurios. Decenas de trabajadores como hormigas cubrían toda la casa. «Y ahora, con este hotel todo se va a poner más jodido, cómo no, ya verán, yo les advierto, luego no me digan que nos les dije nada», advirtió, mientras caminaba mirando al piso, nervioso y apurado. Al final de la acera se encontró con cuatro o cinco indios que, vestidos con chaquetas de cuero y sandalias, de las que sobresalían enormes dedos morenos, hablaban a gritos en su lengua. «Pinche cabronazo este presidente —dijo para sí—, encima de todo se le ocurre abrir las fronteras, ahora nos resta profesar el hinduismo antes que éstos nos maten». Al en-

contrarse con ellos se desplazó un poco hacia el borde de la acera y, al pasar, sintió el golpe seco del curry. Los miró. Uno de ellos vestía una camisa larga que al gordo Faustino le pareció un pijama.

Entonces, como si dentro de su cabeza se hubiese activado un dispositivo automático, empezó a hablar en voz baja, secreta: «Yo le dije, Ortiz, pero usted no me hizo caso, le dije que abriera los ojos, que se dejara de andar con esa actitud de aquí no pasa nada, pues los signos eran evidentes, y fui a buscarlo a su trabajo para aclarar las cosas, esos “malentendidos”, y para reiterarle que todo se estaba jodiendo, pero me dijeron que estaba en uno de esos talleres de capacitación a los que acuden los burócratas para ganar puntos, comer gratis y dormir. Luego fui a su casa, hice todo el recorrido hasta donde usted vive, entre las olas de polvo y los bordes de la montaña, preguntando dónde vive el señor Ortiz, Jacinto Ortiz, por más señas, esquelético y apesadumbrado, con lentes de metal y peinado de niño salesiano, el que toca la guitarra y lleva libros de poesía bajo el brazo, el mismo que vive con sus padres a pesar de sus cincuenta años a cuestas. “Mi don —me dijo un tendero—, claro que lo conozco, aquí viene a comprar cigarrillos y leche descremada, mire, regrese por donde vino y, antes de llegar a la plaza, donde está un hidrante despintado, ahí mismo vive”. Y dando palos de ciego, llegué. Me sorprendió la pintura limpia de las paredes, pues, a pesar de las corrientes de polvo, se mantenía como nueva. Alcé la vista y descubrí en el balcón algunas macetas. “Que condenado este petizo —me dije—, destina agua, en estos terribles tiempos de sequía, a cuidar plantas”. Pero luego supuse que sería su madre, esa señora secreta de la que usted nunca quiere hablar, y tampoco dice nada de su padre, ese militar retirado, héroe de la guerra del 41, quien, seguramente, aprovecharía las escasas gotas de agua que el Municipio suministra en horas precisas para distribuir las entre los habitantes de la casa, usted y sus padres, y reservaría la dotación justa para que las plantas no mueran. Aplasté un pequeño timbre. Detrás de la ventana creí descubrir unos ojos acechantes y lo saludé, supuse que sería usted escondido detrás de las cortinas. Esperé unos minutos y timbré

nuevamente, tres, cuatro veces, convencido de que alguien aparecería. La cortina no se movió más. Presumí que su madre estaría sola, quizás su esposo habría salido a dar una vuelta, con el periódico bajo el brazo, caminando entre la hojarasca, las ramas quebradas y los escombros, o, como dicen los jubilados, estaría haciendo diligencias: colas para pagar la luz, el agua, los impuestos. Y su madre, amigo Ortiz, debe ser de aquellas mujeres que no abren la puerta a desconocidos, a pesar de que yo podría haberle dicho: “Señora, soy Alcázar, Faustino Alcázar, amigo de su hijo, vengo a buscarlo porque hace días que no sé nada de él, espero que se encuentre bien de salud, ¿me permite pasar a esperarlo?». «Debe estar por regresar de su trabajo —me diría su señora madre—, me dijo en la mañana que vendría directamente, pues tiene que escribir un informe sobre un poeta, no me acuerdo bien cómo se llama, algo así como Zamora, sí, Zamora. Y qué hace ese chico, le pregunté —diría su madre, recordando la charla sostenida con usted—, ¿no es ese medio loquito y borrachín?, y, conteniéndose la risa, me respondió mi hijo —continuaría su madre—, no es loco, madre, es de Cuenca, y allá todos son así». Y su madre, mi inefable Ortiz, ya entrada en confianza, me brindaría café con humitas y me permitiría fumar, cosa rara en ella, pues seguramente tiene prohibido cualquier atisbo de mal comportamiento, santa su madre, amigo. Pero, ni siquiera ante mi insistencia —tomé dos guijarros del suelo y los lancé a la ventana del segundo piso, con una precisión sorprendente, pues golpearon en la superficie, emitiendo un puntilloso sonido agudo, pero sin quebrar el vidrio— obtuve otra cosa más que silencio, un silencio extraño, vacío, como si su casa y su barrio estuviesen encallados en una hendidura del tiempo. Ladraron algunos perros a la distancia. Una corriente de aire polvoriento me envolvió y, mientras me tapaba los ojos con las manos, evitando a toda costa que me entrara alguna suciedad, escuché el sonido de una puerta que se cerraba violentamente. Al abrir los ojos miré en todas direcciones esperando encontrar su huella, la estela que deja un cuerpo, pero sólo vi a dos niños que, sigilosos, provistos de sendas catapultas, apuntaban a dos palomas apostadas en los cables de luz. Entonces

tomé el camino de regreso. Mientras miraba a la ciudad desde mi camioneta pensé que su enojo no era para tanto. Cierto es que le dije las cosas tal como eran. Le hablé de su actitud complaciente, al quejarse de las injusticias que cometían contra usted sus torpes compañeros de labores y su jefa empotrada en su silla de cuero, cuando le instaba, a través de los consabidos memos, a que preparara todas las actividades de la biblioteca, desde la edición de obras cívicas, la compra de botellas de vino hasta la redacción de invitaciones para los pocos eventos que se ofrecían en sus instalaciones. “Deje la cantaleta, hombre”, le dije, y usted sin más desapareció».

Caminó dos cuadras hasta llegar a su departamento. A su paso por el parque, esquivando las palomas, se cruzó con dos nigerianos sentados en una banca, con una pareja de cubanos apostados debajo de las ramas secas de un árbol, que discutían en un meloso español incomprensible, y, cerca de la calzada, arrimada a la exuberante escultura de Santa Clara —una Ciccioletta de piedra—, una colombiana vestida con una diminuta minifalda de mezclilla y una pupera, erguidos los senos y respingada la cola, que cantaba alegremente mientras un travesti, uno de los tantos que fungían de estilistas en las decenas de peluquerías que estallaban como hongos alrededor del parque, la miraba con envidia. Faustino los reconocía con precisión, por sus ropas, sus andares y, sobre todo, por esos olores. Desde siempre, igual que un coleccionista de aromas, un asesino, podía identificar con claridad esas mezclas humanas. En el colegio lo conocían como Perro, aunque la razón de ese apodo no se remitía exclusivamente a esa capacidad olfativa.

Faustino contempló por un instante la piel húmeda de las piernas de la colombiana, suspiró y dijo: «Y a nosotros, ¿quién mierda nos abre las fronteras?», y apuró el paso como un ratoncito.

Frente a su edificio, la iglesia de Santa Clara de San Millán le parecía una ridícula broma del destino, pues, desde que tenía uso de razón, se había declarado abiertamente ateo. Por su peregrinaje como arrendador sempiterno, el hecho de haber

terminado durante veinte años en un departamento frente a una iglesia era ya cosa de locos, una ironía de la vida. Encendió un cigarrillo y pensó en la negra de la limpieza. En sus ojos avergonzados y su media vuelta, rápida, inexplicable. Su inmensa retaguardia le recordó al mar. Se sintió ridículo, un viejo cursi enamorado de la mujer de la limpieza, un tonto de capirote, pero a pesar de la descarga de calificativos, la aparición fantasmal de la mujer le resultó una señal del destino. «Qué diablos, cuate —se dijo—, la voy a invitar a tomar un café o un morocho con empanadas, o lo que ella quiera, ¿al cine?, ¿estás loco Faustino o qué te pasa? Y no me dirás que a un cine porno, no eres taxista de New York. Mejor la llevas un domingo al parque y le invitas un helado o un granizado que va bien con estos soles, ves que te puedes poner lúcido cuando quieres, carnalito, ¿ves? Sí, un nuevo comienzo». No obstante, ese segundo de dicha se difuminó al recordar el e-mail que refulgía en su memoria.

Con un cigarrillo a punto de extinguirse encendió otro. Un golpe le sacudió el pecho. Un gas, pensó. Cruzó la calle esquivando a un imbécil motociclista. Detrás, una oleada de autos con sus motores rugientes le zumbó los oídos. Abrió la puerta de su edificio. Un aroma a pescado frito le tapó la nariz. Se sentó en una de las gradas y tomando aliento dijo: «Y usted, amigo Frank, no se queda atrás, o debería decir no se quedó atrás —reafirmando el verbo en pasado—, pues, igual que el petizo regordete, también se hizo éter, se adscribió, gozosamente supongo, al síndrome de la invisibilidad, no a ese mundo gótico de aparecidos, siluetas evanescentes en los espejos, sino a esa condición de desaparecidos, inexistentes a pesar de la existencia, eternas sombras atrapadas en este país imaginario. Y tampoco le acepto, pues intuyo que esa debe ser su versión ante Ortiz y los otros a los que seguramente todavía debe frecuentar, que nuestra separación se deba a que yo me sentí celoso de su éxito, un éxito de la noche a la mañana, eso sí hay que puntualizar, pero para nada, ya que aunque usted no lo haya creído, de alguna manera, sus triunfos también eran mis triunfos, fueron mejor dicho, y en nada podría sentirme afectado porque su novela hubiese resultado el éxito del año, ni tampoco

que hubiese obtenido el máximo galardón que otorga nuestra simplona república de las letras, el premio Aurelio Espinoza Pólit, concedido por la universidad de esos curas de la chingada, que —eso sí le envidié un poco— emite un chequecito nada despreciable y que a usted, en calidad de bien pagado editor de su revista de vinos, debe haberle supuesto una minucia, un pelo de cochino, pero que para mí —digo si yo hubiese mandado alguna novela al concurso, cosa que, usted sabe, desprecio— habría sido de perlas, ya que, eso también lo conoce de sobra, mi sueldo como profesor universitario era, y sigue siendo, una ridícula ofensa a la inteligencia humana. En lo concerniente a la calidad de su novela, usted debe recordar que apenas le hice algunas precisiones, más bien subjetivas, de gusto personal, pero usted me dijo: “Amigo Faustino, me parece que usted está disfrazando las palabras, diga nomás, sin remilgos de ninguna clase, lo que opina de mi novelita”, y ahí sí me chingó la madre por dos cosas: primero por insinuar que soy un hipócrita, uno de esos andinos que se esconden en las ambigüedades y los juegos de palabras; y segundo, porque en ese “amigo” creí descubrir un dejo de burla, de soberbia distancia prepotente, como si, ya devenido en exitoso novelista, llevase en la solapa el afeminado pañuelito rosado que lo consagra como un triunfador. Y ahora que lo pienso, hay una tercera más: porque me revientan los diminutivos, esas formas arcaicas de aceptar nuestro origen servil, así que, cómo le iba a dejar pasar eso de “mi novelita”, dotándola de una dosis de ingenuidad, de dulce sonido disminuido, como si, y eso seguramente usted lo pensó muy bien, fuese un pequeño bribón al que se lo descubre in fraganti, robándose una golosina en una tienda; no me venga a mamar gallo, como dicen los colombianos, no manche, carnal, que esa creo que, ahora que lo pienso otra vez, es la que me reventó, porque usted, pongo mis manos al fuego, seguro que sabía que su novela no era ni de lejos la gran papaya. ¿De dónde carajo le vino la idea de un psicópata americano que mata a damas de la clase alta quiteña? Era preferible, ya metido en la empresa, que optase por la idea anterior, aunque usted sabía bien que imaginar una ciudad acorralada por vampiros asesinos a mí me chingaba la madre. Y esa tarde,

para confesarle la verdad, me cayó mal la facha con la que apareció en el restaurante que nos citamos, El Cuervo Rojo, con ese terno café chocolate, con rayitas rosadas, la corbatita verde, chillonamente verde contrastando con los otros colores. ¿Ve que recuerdo todo claramente?, no me olvido a pesar de que han pasado ¿cuatro años, dos años, quizás solamente uno? Y usted, ante lo que calificó de “ojitos burlones”, chingándome otra vez con el pinche diminutivo, me respondió, sin que yo se lo preguntase en realidad, que así se sentía su espíritu: multicolor, británicamente arriesgado, y que su ropa representaba eso, y aunque no me lo dijo, en el fondo, lo que hacía era insinuar que usted mismo, ahí, vestido y maquillado para la ocasión, se creía la encarnación de su personaje —Francis The Killer, le puso, ¡qué poca madre!—. A mí todo me pareció una pedantería de mal gusto, no sólo por la impostada explicación que se mandó, sino por usar el diminutivo “ojitos”, como si yo fuese algún personaje de ranchera adolescente, un niño cantante de mochila azul, pinche ojete, y ahí sí le dije dos o tres cositas, pero nada tan grave que recuerde, lo que pasa es que a usted se le subieron los humos, igual que a los futbolistas que, una vez comprados por algún equipo italiano, lo primero que hacen al incorporarse al nuevo club, digamos el Perugia, corren a comprarse un Ferrari, como si eso, de golpe y porrazo, pudiese borrar su origen de güeyes marginados. Y ni se le ocurra decirme que me estoy burlando de su procedencia pues, para bien o mal —eso no lo sé—, proviene de la linda ciudad de Cuenca, Atenas de este país, le dicen, perdida entre sus propias ruinas. Ya no se ofenda, amigo Frank, no se ofenda, es sólo un chiste, un gracejo, un chascarrillo, como decían en mis tiempos algunos de los compañeros de colegio que habían leído a Pío Baroja o a Clarín. Lo cierto es que llegó gallito al restaurante, y hasta el mesero de El Cuervo Rojo notó algo diferente en usted, eso me dijo algunos días después. Se llamaba Randiní y, como buen cubano, se hizo amigo prontamente. Comimos y bebimos, y luego, luego, pasados de copas, se despidió con esa cínica cortesía, y desde ahí, ni la sombra de su sombra».

Faustino se levantó y, como si se encontrase en la puerta del infierno, empezó a subir las gradas de su vivienda. Uno de esos vejesterios de los años sesenta, sin ascensor y oscuros pasillos. De los focos se desprendían halos de luz mortecina. Algunas sombras se balanceaban en las paredes. Cada escalón le partía la cabeza. Varias moscas se cruzaron en su infinito ascenso. Estaba seguro de que le sobrevendría algo. Manchas de moho percutían los vértices de las escaleras. Una abigarrada corriente de calor ingresaba por las ventanas. Faustino jadeaba a cada paso, y se sostenía del pasamanos con la mano izquierda. Gotas de sudor le caían por la frente, el pecho y la cintura. Le dolió una vieja herida hepática. Cuando llegó al rellano de la escalera, un dolor intenso le apretó el pecho. Quería llegar a su cama. Desnudarse. Abrir las ventanas. Recostarse. Desprenderse del calor.

Afuera, en la calle, los transeúntes se mezclaban con el aroma a caldo de gallina y pan colombiano, mientras los autos apenas avanzaban. El sol rebotaba sobre el asfalto creando un efecto microondas. Algunas personas se apretaban contra las paredes buscando una línea de sombra y otros se dejaban aplastar por el calor, como animales del desierto, con los rostros galvanizados de transpiración.

De pronto, igual que en la última semana, una ventisca salvaje levantó con fuerza todo lo que encontró a su paso. Los árboles resecos del parque Santa Clara se fracturaron, mostrando sus raíces carcomidas por la sequía. Decenas de paraguas volaron por los aires, igual que sombreros, bolsas de plástico y cientos de papeles. Las faldas de las mujeres, como alas multicolores, se alzaron también, dejando libres las pieles ajadas. Esta vez el ventarrón duró más que otras ocasiones, causando decenas de accidentes en toda la ciudad: ciclistas estrellados contra postes, choques masivos de autos, peatones aplastados en el asfalto, árboles arrancados de la tierra, ramas volando por los aires, ventanales y puertas de vidrio desintegrándose en miles de fragmentos asesinos. La ola de viento traía consigo, además, embates de polvo y guijarros que golpeaban los autos, las puertas metálicas, los carteles publicitarios, creando una interminable estridencia.

Algunos días, los miles de cables de luz que atravesaban la ciudad, apretados entre sí como serpientes, amanecían cargados de una energía inusual. Chispas minúsculas saltaban de rato en rato, refulgiendo brevemente, sin que las palomas, asiduas malabaristas, pudieran soportar la descarga violenta que calcinaba sus esqueléticos cuerpos. Esos días, la Municipalidad debía destinar un contingente mayor de barrenderos para que limpiaran los cadáveres esparcidos sobre las aceras y las calles. No obstante, a nadie parecía importarle que las palomas, desesperadas como ratas hambrientas, tuviesen una muerte así de violenta. Por el contrario, para los vagabundos eran un platillo de especial gusto, pues una vez desplumadas, podían encontrar en ellas, como los vegetarianos en la alcachofa, sabrosos corazones calientes.

Faustino abrió por fin la puerta de su departamento. En el librero empotrado del living buscó *El libro del desasosiego*. El dolor del pecho se extendió al brazo izquierdo. Abrió las hojas y tomó una fotografía en blanco y negro. Miró, como otras veces, el retrato de una mujer y dos hombres. Ella, Sofía, la Portuguesa. El otro debía de ser Margarito, pero parecía el propio Faustino desdoblado a cada lado de Sofía. Por un segundo recordó ese instante en Lisboa. Esa tarde en que se tomaron la fotografía. Miró otra vez la foto. Era cierto: Margarito parecía la estela borrosa de un cuerpo. Pensó que perdía la visión debido al mareo. Un nuevo dolor le golpeó las sienes. Tomó el control remoto de la mesa de centro, encima de una pila de libros, revistas y periódicos, y encendió el televisor. Era un acto reflejo. Una acción mil veces repetida. Mientras se dirigía a su habitación, con la respiración atorada en los pulmones y la vista nublada, escuchó a una locutora de televisión que decía: «Decenas de incendios se han desatado en los valles que circundan la ciudad. Se pide a la comunidad...». Apenas alcanzó a escuchar las últimas palabras. Se quitó la ropa con dificultad. El dolor se extendió por todo su cuerpo, rebotando en cada músculo, en cada arteria, en cada nervio. Sintió la boca reseca, el sudor helado, el vértigo.

Se acostó en la cama y, abrazando fuertemente sus piernas, empezó a morir.

Dos años antes

—La última lluvia... fue hace tres semanas, tres meses, tres años, ya nadie recuerda —le dijo Ortiz, y sorbió un poco más de café.

—No tanto —respondió Faustino, al tiempo que miraba a través de la ventana—. La otra noche cayó un aguacero, ¿no se acuerda?

—Para nada. Usted está equivocado.

—No, no. Fue en la madrugada. Estoy seguro.

—Pues habrá sido un sueño, ¿no cree?

—¿Le parece que estoy loco? —le preguntó Faustino y se arremangó la camisa como si se preparara para un combate. El calor, en algo, se aligeraba con los brazos descubiertos.

Llegaron treinta minutos antes. Se encontraron en la esquina de siempre y caminaron codo a codo, por las estrechas calles de la zona rosa. Se cruzaron con albinos turistas. Pararon en una tienda y compraron cigarrillos. Se detuvieron unos minutos para contemplar la fachada de un palacio que, según precisara Faustino, era un antro de doble fondo: la disimulada pensión albergaba un clandestino centro de masajes.

—Pero esta casa —empezó Faustino— perteneció a una de esas familias de alcurnia, los Sotomayor. Después, tras las disputas típicas de los herederos por quitarse la herencia, sin que nadie supiera realmente cómo, terminó siendo vendida a unos empresarios de dudosa procedencia que ahora la regentan atentando contra la moral.

Ortiz advirtió el gesto de Faustino, la sorna con la que hablaba.

—Mi querido Faustino —le respondió—, quien no lo conoce, lo compra.